

EL CATÓLICO.

PERIÓDICO RELIGIOSO, CIENTÍFICO, LITERARIO Y DE VARIEDADES.

REPÚBLICA DEL SALVADOR EN CENTRO-AMÉRICA.

Año IV—Tomo IV |

San Salvador, Domingo 12 de Octubre de 1884.

| Serie XV—N. 176

La religión es para los ignorantes,

NO PARA LOS HOMBRES ILUSTRADOS.

Esta proposición bien analizada quiere decir: la religión, ó lo que es igual, el conocimiento de Dios, el respeto á su soberana magestad, la gratitud á sus beneficios y la obediencia á su santísima voluntad, de que depende la eterna salvación, es asunto de personas ignorantes: el ateísmo, la negación de la Providencia, la impiedad y el indiferentismo en punto al conocimiento, amor y servicio de Dios, que trae por consecuencia la condenación eterna, es lo que pertenece á las personas ilustradas.

Ciertamente, es preferible la ignorancia piadosa con la hermosa perspectiva de una vida mejor, que la llamada ilustración con sus timbres de grandeza transitoria, seguida de un porvenir oscuro y tenebroso.

¿Y qué dice la filosofía de semejante absurdo?

La filosofía enseña que la religión, así como es el conjunto de conocimientos acerca de la primera causa, de sus relaciones con el hombre y de su futuro destino después de esta vida mortal, así debe obtener la primera silla en el congreso de las ciencias, como la más excelente por su objeto y como la más necesaria é indispensable para el hombre; de suerte que todas las ciencias eslabonadas tienen que rematar en el eslabón principal, que es la ciencia del principio y fin de todas las cosas.

¿Y qué ilustración es esa que, divaga por las regiones bajas, sin elevarse al origen de la ciencia y al término á donde debe por fuerza encaminarse? Es sin duda una ilustración tan superficial y frágil, como los fuegos fátuos, que sin punto de apoyo divagan movidos por el aire.

La verdadera ilustración no consiste en los conocimientos aislados, sino en abarcar en conjunto el orden admirable de la Providencia, que de tal modo ha dispuesto el mundo ideal, que aun las verdades más secundarias y remotas tienen su respectivo lugar, su enlace íntimo con las verdades primeras, de modo que nunca pueden separarse de su centro sin convertirlas en

fragmentos rotos de una gran máquina, que por sí mismos no pueden funcionar.

Así ha sucedido á los idólatras de la ilustración y de la ciencia moderna; han querido una ciencia atea, prescindiendo de Dios en su progreso y desarrollo, y se han encontrado perdidos en un laberinto de dificultades insolubles, de oscuros arcanos y de misterios impenetrables, que la razón sola no es capaz de comprender y explicar, y que la luz de la fe ha puesto de una manera clara á los ojos de los más sencillos é ignorantes.

Si la religión es un conjunto de leyes emanadas de Dios para el arreglo y perfección de las costumbres de los hombres, ¿por qué solamente los ignorantes estarán obligados á cumplirlas y no los ilustrados?

Una de dos, ó estas leyes no obligan á los ilustrados, y eso es un absurdo; porque Dios al legislar no ha hecho excepciones, ni ha querido limitar su absoluto dominio exonerando á unos de la obediencia solo por ilustrados: ó también los ilustrados están sujetos á las leyes de Dios, y entonces la indiferencia acerca de su cumplimiento á pesar de las penas que trae por consecuencia su infracción, es una punible estupidez; porque estupidez debe llamarse dejar en olvido el cumplimiento de unas leyes que aseguran la felicidad eterna y preservan de la eterna perdición.

En este concepto, lejos de ser la religión asunto de *ignorantes*, es por el contrario el asunto más importante de estos, y principalmente de los *ilustrados*, que cuanta es mayor su ventaja en luces, será peor su condición en el juicio divino; porque su indiferencia será tanto más culpable, cuanto fué mayor el conocimiento con que obraron.

Si desgraciadamente se encuentran hombres grandes por sus luces y posición social extraviados en punto á religión, es sin duda crecidísimo el número de los grandes ingenios que han rendido homenajes sinceros y humildes á la fe, que han descendido del trono de las ciencias para confundirse con los cristianos más ignorantes en la confesión de la verdad que creyeron emanada del cielo. Los Isidoros y los Isidros, los Buena-

ventura y los Diegos de Alcalá confesaron las mismas verdades, cumplieron las mismas leyes y esperaron la misma recompensa de su abnegación heroica, á pesar de su diferencia de ingenio y conocimientos.

La religión, como la impiedad, ha tenido sus grandes hombres, sus mujeres célebres; con la diferencia de que los grandes próceres de la religión han hecho grandes bienes á la humanidad, han llenado pájinas muy hermosas, viven en sus obras y en la memoria de los buenos; mientras que los hombres de la impiedad que han merecido el nombre de grandes, han legado á la posteridad la triste memoria de sus extravíos, y más tarde sus nombres se han perdido en la oscuridad del pasado.

Al presente vemos muy marcada la diferencia entre unos y otros: unos en su afán de destruir y los otros incansables en reedificar sobre las ruinas que aquellos dejan como única señal de su tránsito.

¿Y qué tiene de extraño que se extravíen inteligencias grandes, cuando esta grandeza no está sostenida por el cimiento de la humildad; sinó que, puesta sobre la arena movediza del orgullo, es arrastrada estrepitosamente por el aquilón de las pasiones desordenadas?

La Religión verdadera, como emanación del cielo, contiene verdades profundas que pueden servir de pábulo á las meditaciones del sábio, y verdades sencillas que saboreadas por el pequeño y el ignorante, les sirve de inefable consuelo en la adversidad.

Es la Religión el manantial fecundo, donde beben ignorantes y sabios, poderosos y débiles, felices y desgraciados.

¡Infeliz del que ha prostituido el sentimiento religioso en su alma! es un astro desorientado, que rodará sin rumbo fijo en la inmensidad de los espacios, hasta ser despedazado por el choque de fuerzas encontradas.

Pero se dirá talvez: *La religión amarga la vida, trayendo á la mente recuerdos lúgubres é ideas tristes.*

Distingo. Amarga la vida sensual y relajada de las personas que se han materializado sofocando todo sentimiento noble y elevado: concedo. Amarga la vida de las personas regularizadas, que han levantado su corazón más allá del mundo sensible; niego.

Es indudable que la religión, con el recuerdo de verdades terribles, turba la falsa tranquilidad de los malos; pero ese es uno de los bienes más grandes que trae al hombre, quitarle la venda con que tiene cubiertos los ojos para no ver el abismo á donde se precipita.

Si la tranquilidad que turba la religión fuera verdadera tranquilidad del espíritu, haría en verdad un mal; pero no es la tranquilidad del espíritu la que turba, es la presión de la carne sobre el espíritu que le quita la vitalidad y le conduce

á la muerte, es el dominio de los sentidos sobre la razón oscurecida y humillada.

La religión viene á redimir la razón, recordándole su nobleza de origen, sus hermosas excelencias y la legitimidad de sus títulos para reinar sobre los sentidos y la carne, para que recupere sus derechos deturpados y se siente en la silla que le corresponde como reina.

Esta lucha causa intranquilidad sin duda, pero es la intranquilidad pasajera, que antecede al reinado del orden; después viene por consecuencia la paz verdadera fundada en la virtud.

Cuando esta paz existe, la religión no es importuna; por el contrario, sus verdades son como la miel del panal, dulces al paladar del justo, y el alma embriagada por las supremas delicias se desprende sin sentirlo de los brazos de la carne para unirse con su Dios.

¡Ah no! La religión no trae á la mente de los buenos ideas tristes; porque, considerándose peregrinos en el mundo, recuerdan con alegría la patria feliz á donde dirigen sus pasos, y corren sin repugnancia por el camino de los santos mandamientos, sin los amargos sinsabores que á cada paso acedan el vino de las consolaciones terrenas. El justo, en la desgracia, se anima á andar los caminos difíciles, confortado por las verdades sublimes de la religión divina, y en la prosperidad se modera, porque ve muy próximo el término de los bienes de este mundo.

Además: si la religión es mentira, como dicen algunos con los labios... ¿por qué turba su tranquilidad?: si la religión es verdadera, no hay duda que debe ser falsa la paz que se turba con el recuerdo de sus dogmas y leyes santísimas; y entonces, ¿por qué despreciar sus avisos, que anuncian la proximidad del peligro?

BARTOLOMÉ RODRIGUEZ.

SECCION MORAL.

LOS MASONES

POR

MONSEÑOR DE SEGUR.

X.

DEL TERCER GRADO. MAESTRE-MASÓN.

Siempre tratamos de la Francmasonería exterior; y en esta constituye el tercer y último grado, el de Maestre-masón; pues la dignidad de Gran Oriente y las otras dignidades accesorias, que componen el consejo exterior del orden masónico, no son grados, propiamente hablando. Es por ejemplo lo que sucede con un general, el cual con ser nombrado Ministro de la Guerra, no por esto asciende en graduación; sino que alcanza una dignidad, un mando más elevado, y nada más. Lo mismo el masón, nombrado Gran Oriente, es un Maestre-masón como los demás, aunque se le haya conferido el mando exterior sobre todas las logias de una obediencia.

Existen en efecto, en la Francmasonería varios y numerosos ritos ú obediencias, que se diferencian muy

poco unas de otras. En Francia, gozamos la dicha de poseer tres ritos masónicos: el rito del Gran Oriente de Francia; el rito escocés, cuyo Gran Maestro es un anciano académico; y el rito Misraim. Este nombre es el que la ciencia cabalística viene dando en todo tiempo á un demonio, tan poderoso como perverso. Este rito se atribuye por primer padre al piadoso Cham, hijo maldecido por su padre Noé.

Pero volvamos á nuestro Compañero, que arde ya en ansia de pasar á Maestro. El ceremonial se vuelve de cada vez más solemne é imponente.

Aun la logia misma pierde su nombre. Ya no es logia, sino aposento del centro. El celeste imperio chino, también se llama imperio del centro. Este aposento del centro se encuentra todo colgado de negro (seguramente en señal de luz y de regocijo) y bordado en blanco, sobre las negras colgaduras, se ven calaveras, esqueletos y huesos en cruz. Esto de fijo lo habrán bordado las masonas más estimadas por los masones de este centro.

Un cirio de cera amarilla (notadlo bien: amarillo ha de ser) colocado en la parte del Oriente (si estuviera al Occidente todo estaba perdido), y una linterna sorda, formada de una calavera, que solo deja pasar la luz por las aberturas de los ojos; cirio y linterna, repito, hállanse colocados sobre el altar del Venerable, quien tampoco es ya Venerable, porque en este centro tan respetable, toma el título de muy Respetable del aposento del centro. Este aposento del centro y su muy Respetable se hallan alumbrados en proporción de sus necesidades por el cirio amarillo y la linterna calavera. En el centro del aposento del centro puede distinguir el que tenga buena vista un atahud; (¡oh goces puros de la Francmasonería!) un atahud, un verdadero atahud; y este atahud encierra el cuerpo de un masón, ó un manequí, (esto importa poco). Según el H.: Clavel debe ser el último Maestro admitido. El Ritual no indica, si á este le hace mucha gracia ó no el estar metido en el atahud; á mi modo de pensar, creo que preferiría ser muy Respetable.

Para consolarle, le ponen una escuadra en la cabeza, un compás abierto en los piés, y flotando sobre él una rama de acacia, (para guardarle del relente). Todos los H.: Maestres están vestidos, no de amarillo, sino de negro. En las logias menos tristes, llevan un mandil negro con una calavera bordada primorosamente sobre las piernas. En fin, para que el adorno sea completo, llevan todos una banda azul de la espalda izquierda á la cadera derecha; en cuya banda se ven bordados el sol, la luna y las estrellas.

Y saben ustedes ¿cuál es el motivo de encontrarse engalanados de este modo en el aposento del centro? Pues oigan ustedes al muy Respetable: "¿Con qué objeto nos reunimos?" Pregunta. "Para encontrar la palabra perdida del Maestro," le contesta con mucha gravedad el H.: Primer vigilante. El muy Respetable manda se busque la palabra. Parece que todos deben saberla, pues á cada uno se pregunta por ella, y cada uno se la manda al muy Respetable. "¿Qué edad tienes?" pregunta este al H.: Primer Vigilante. "Siete años," contesta el otro, no se sabe por qué. Un Maestro masón tiene siempre siete años: es la edad de la inocencia. "¿Qué hora es?" continúa el Respetable. "Mediodía bien tocado" dice el otro. Después de varias preguntas y respuestas no menos profundas, oyesse tocar á la puerta á usanza de los Compañeros: Toc-toc toc, toc-toc. Este es nuestro compañero-masón que se presenta. Lleva desnudos los piés, el brazo y pecho izquierdos; de su brazo derecho cuelga majestuosamente una escuadra, y una cuerda dá tres vueltas á su cintura, tenido el cabo de la misma en la mano del H.: Expert, en el Gran Oriente de Francia. En el rito escocés, lo tiene el H.: Maestro de

Ceremonias. En las logias inglesas y americanas el H.: Primer Diácono; y en el rito de Misraim, el diáblo en persona es quien debe llevar el cabo de la cuerda. Ataviado de este modo, toca á la puerta el Compañero postulante, y empieza una escena impagable por lo grotesco de ella.

"A este ruido, dice el H.: Clavel, á este ruido, se conmueve la asamblea, (pues vale la pena). Con voz alterada, exclama el H.: Primer Vigilante:—"Muy Respetable, un Compañero acaba de tocar á la puerta."—"Ved... lo que quiere... ese Compañero, contesta el muy Respetable, con una emoción muy natural en caso tan apurado."

"Pasan á informarse, y como todo está arreglado de antemano, no es muy complicado el asunto.—¿A qué viene el Maestro de Ceremonias á turbar nuestro dolor? ¿No sería ese Compañero uno de esos malvados, que el cielo entrega á nuestra venganza?" "H.: Expert, tomad vuestras armas, y apoderaos de ese Compañero. Registradle y aseguro que no lleva indicio alguno que patentice complicidad en el crimen que fué cometido." Este crimen es la fingida muerte del arquitecto Adoniram, asesinado por tres Compañeros, mientras dirigía los trabajos del templo de Salomón: pero en realidad significa la ejecución de los templarios, progenitores espirituales de los francmasones.

El H.: Expert arranca el mandil al Compañero, y mientras este queda en la puerta, guardado cariñosamente por cuatro hermanos armados de punta en blanco, vuelve aquel al muy Respetable, y con mucho respeto le dice:—"Muy Respetable, nada encontré en el Compañero que haga sospechar haya cometido una muerte. Sus vestidos son blancos, sus manos puras, y este mandil que os traigo está sin mancha alguna."

El muy Respetable hace gesto de no quedar convencido, y dice:—"Venerables H.: ojalá que el sentimiento que me agita, etc., etc. ¿No convendría interrogarle?" Todos los hermanos bajan la cabeza afirmativamente; y oido del muy Respetable, por conducto del H.: Expert que el Compañero sabe la contraseña, exclama sobrecojido de estupor:—"¡La contraseña!... ¿cómo puede saberla? ¡Oh!... Solo por medio de un crimen puede haberlo logrado." En seguida nuevo resgistro en todos los bolsillos y rincones del Compañero, que medio en cueros se encuentra guardado por sus cuatro armados.

Mientras dura toda esta comedia, el infeliz Maestro se fastidia y se aburre metido en el atahud, y hará serias meditaciones sobre la solemnidad de las ceremonias masónicas. Pero seguramente tendrá tomadas sus precauciones, sabiendo que la cosa es algo larga.

El H.: Expert sigue registrando el Compañero, mira su mano derecha.—"¡Gran Dios, que es lo que veo!" exclama aterrizado, como si hubiera descubierto alguna cosa. "Habla, desgraciado, confiesa tu crimen. ¿Cómo darás la contraseña? ¿Quién ha podido comunicártela?" El inocente Compañero contesta muy sereno:—"¡La contraseña! pues si no la conozco. Mi conductor la dara por mí."

Entonces se le introduce, andando hacia atrás, hasta el medio del aposento del centro; y llegado cerca del féretro, se le hace volver, y descubre el féretro con el último Maestro admitido, que sigue haciendo el muerto.

El muy Respetable le esplica que se encuentran allí reunidos, para llorar su muy respetable Maestro Adoniram, pérfidamente asesinado por tres Compañeros (hace cosa de dos mil ochocientos sesenta años), y le enseña el pobre Maestro último admitido, metido en el féretro. Por supuesto, asegura el Compañero

no haber sido él uno de los asesinos del Maestre Adoniram; y muy satisfecho el muy Respetable con esta justificación, dá la orden de que le hagan *viajar*. Ya conocemos estos ridículos viajes. Este solo se diferencia de los demás, en que le acompañan fraternalmente los cuatro masones armados El H.: Expert sigue al viajero, llevando el cabo de la cuerda. Acabados sus *viajes*, el Compañero es recibido Maestre; presta de rodillas el consabido juramento, teniendo apoyadas en el pecho las dos puntas de un compás. Luego le llevan al *Occidente*; de ahí al *Oriente*. Esto compone la *marcha misteriosa del grado de Maestre*.

Esta *marcha misteriosa* dá lugar al hermano muerto para salir muy tranquilamente del féretro, de modo que al volver el postulante, lo encuentra vacío. El muy Respetable baja de su trono, pues nada menos que un trono es el que ocupa; y todos los hermanos se forman en círculo al rededor del féretro. Aquí principia el lamentable relato de la supuesta muerte del Respetable Maestre Adoniram, llevado á cabo por los tres Compañeros, rivales suyos, Jubelas, Jubelos y Jubelum; el muy Respetable interrumpe tres veces su narración, para dejar tiempo al H.: Primer Vigilante, á fin que pueda asestar tres golpes al nuevo Maestre del propio modo que los recibió Adoniram de sus tres asesinos. El primero en el cuello con un tiralíneas de hierro; el segundo en el corazón con una escuadra; y el tercero en la frente, con una maza, ó martillo. Todos los hermanos hacen que buscan su querido Maestre Adoniram, mientras dos de ellos agarran al nuevo Maestre y lo meten en el féretro, como si estuviera muerto. Después de largas y penosas pesquizas é investigaciones de Oriente á Occidente, y de Occidente á Oriente, encuentran por fin al que buscan, gracias á la rama de acacia, que les indica, donde está su cadáver. El muy Respetable declara, que se encuentra en estado de putrefacción, y dice: "*Mac Benac*", es decir, la carne se separa de los huesos. (Todo esto es alegre en extremo). El muy Respetable saca del féretro al supuesto muerto, le pone la mano izquierda sobre la espalda izquierda, y le dice al oído derecho: "*Mac*" y al izquierdo: "*Benac*," palabras que deben llenar al resucitado de luzes y consuelos. Los hermanos con sus mandiles negros y sus calaveras, á la luz del cirio amarillo, y de la calavera transformada en linterna, prorumpen en cánticos de alegría.

El H.: nuevo Maestre renueva el juramento de no revelar cosa alguna á hermanos inferiores ni á los profanos, y recibe la iniciación, es decir, el catecismo masónico, y la contraseña ó signo particular de Maestre. Este signo consiste, cerrando cuatro dedos de la mano derecha, apoyado el pulgar sobre el vientre, de manera que forme un ángulo; mientras se tiene el reverso de la mano izquierda delante de los ojos, vuelto el pulgar, hácia abajo. El catecismo de los Maestres llama este signo *el signo de horror*, porque significa el horror de que fueron poseídos los Maestres al descubrir el cadáver de Adoniram.

Esta lúgubre payasada compone el ceremonial de la iniciación al tercer y último grado de la Francmasonería exterior. Aunque de lejos, ya empieza todo esto á tener cierto olor de conspiración y sociedad secreta; y se comprende, cuán fácilmente sirve para reclutas de la Francmasonería oculta y de los jefes de las sociedades secretas ese innumerable público de las logias. Ya veremos de qué groseras impiedades se componen los misterios, que empiezan á descubrirse por el nuevo Maestre. Es materialismo puro.

Puede decirse pues con toda seguridad, que á pesar de vivir engañados, no dejan de ser los francmasones, aprendices, compañeros y maestros, hombres muy perversos, imprudentes y necios.

(Continuación.)

SECCION DE LO INTERIOR.

Felicitación al Ilmo. Señor Paul.

ACTUAL OBISPO DE PANAMÁ Y FUTURO ARZOBISPO DE BOGOTÁ.

El Papel periódico ilustrado, de Bogotá, registra lo siguiente:

"Por cablegrama del Agente Confidencial de nuestro Gobierno cerca de la Santa Sede, éste ha tenido noticia de que ha sido nombrado por Su Santidad León XIII, Arzobispo de Bogotá, el Ilmo. Sr. Dr. Don José Telésforo Paul, actual Obispo de Panamá.

"El Ilmo. Sr. Dr. Paul, que en su obispado en el Itsmo ha logrado captarse no solo el respeto, sino la veneración de todos los habitantes, sean del color político ó de la religión que fueren, llega á la silla del arzobispado bajo los mejores auspicios y con la efusiva aprobación de los colombianos. Unidos á esto los relevantes méritos, el tino y el espíritu evangélico y tolerante que caracterizan al Señor Paul, podemos prometernos, sin temor de errar, una era de tranquilidad y de brillo para la Iglesia colombiana.

"Que nuestro respetuoso saludo al nuevo Prelado se una á la grata satisfacción, que hemos espermentado al ver figurar su nombre entre los diez más notables hombres de Colombia, en el Concurso que al efecto promovimos, y que nuestros votos lo acompañen al ocupar la silla de los Ilustrísimos Caballero y Góngora, Torres, Compañón, Mosquera, Arbelaez y tantos otros dignísimos Prelados."

Esta noticia, que ha llenado de tanto entusiasmo á la Iglesia de Colombia, será acogida, no lo dudamos, con el mayor gusto por la Diócesis salvadoreña, que conserva tan gratos recuerdos de las virtudes, ilustración y celo apostólico del Ilmo. Sr. Paul, que, cuando era simple jesuita, hizo tan importantes servicios al clero y al pueblo de nuestra patria.

Es verdad que el liberalismo, en nombre de la ilustración moderna y de las libertades del pueblo, juzgó al Sr. Paul, á quien Colombia acaba de colocar en el grupo de sus *ilustres notabilidades* y de sentar en su noble silla arzobispal, como un hombre funesto á la sociedad y digno del ostracismo, á que lo condenó en el año 72 de la manera más arbitraria.

Pero el liberalismo no es, ni puede ser, el pueblo salvadoreño. El Ilmo. Sr. Paul, que conoce tan á fondo nuestro carácter, que recibió tan brillantes ovaciones de todas las clases de nuestra sociedad, que vió el dolor y las lágrimas que su destierro causó á la Diócesis, jamás confundirá al pueblo salvadoreño con las aberraciones de un partido triunfante.

"El Católico," haciéndose eco de la inmensa mayoría de ese pueblo, tiene el gusto de juntar su voz al concierto de toda la prensa sud-americana, para aplaudir el glorioso ascenso del Ilmo. Sr. Paul á una de las sillas más eminentes de la Iglesia de América, y á una de las zonas más notables de la ilustración colombiana.

La fiesta del Santísimo Rosario, tan celebrada en todo el mundo católico, fué establecida por la Iglesia para perpetuar el recuerdo de la institución de aquella sublime forma de oración, y de los grandes acontecimientos producidos por ella en la historia de la humanidad.

Desde que el Rosario fué revelado por la Santísima Virgen á la Iglesia por medio de Santo Domingo de Guzmán, como el medio más eficaz para conservar pura la fe del pueblo católico contra los errores de las diferentes heregias, y desde que la Sede Apostólica lo aprobó con la autoridad de su magisterio, su uso es el más continuo y general entre los fieles. El

Rosario es la forma ordinaria para la oración del individuo que lo reza en particular, para la oración doméstica cuando se reúne la familia á rezarlo, para la oración social cuando el pueblo lo recita en la Iglesia, finalmente para la oración universal, ó internacional, puesto que las asociaciones ó cofradías del Rosario, que abarcan como en inmensa red tantos pueblos católicos, están unidas y dependientes de un centro común.

Y no podía ser de otra manera, puesto que el Rosario satisface todas las aspiraciones religiosas del hombre y se acomoda á todas sus capacidades. Llevado al cuello y sobre el pecho, es la pública confesión de su fe y de su aprecio por los misterios de la redención: como oración vocal, consta de las oraciones más sencillas y sublimes de la religión; como oración mental, eleva fácilmente la inteligencia á la contemplación de los misterios más augustos de la Redención y forma de todos ellos el conjunto más completo y mejor enlazado. Por esto los grandes escritores de la Iglesia han llamado al Rosario, el *compendio del Evangelio, y el símbolo de los dogmas de la Redención*.

La historia de la Iglesia en los seis últimos siglos está llena de los efectos admirables producidos por el Rosario en el mundo católico, y las célebres victorias de Viena y de Lepanto, que salvaron la civilización europea amenazada por el fanatismo mahometano, son dos monumentos de la eficacia poderosa del Rosario, como lo declaró la Sede Apostólica.

En Centro-América, y especialmente en San Salvador, el Rosario ha sido conocido y usado generalmente desde el tiempo de la conquista, y lo encontramos en toda nuestra historia, como uno de los elementos más poderosos de nuestra civilización nacional.

A pesar de haber desaparecido el convento, la iglesia y comunidad de Santo Domingo, que fueron como el primer núcleo de esta ciudad, el Rosario ha sobrevivido en el corazón del pueblo y se ha salvado de los trastornos que destruyeron tantas y tantas instituciones.

En la pequeña Ermita de Santo Domingo se ha rezado constantemente, se ha solemnizado las festividades de los quince misterios, se ha conservado la antiquísima archicofradía con sus funciones de reglamento, y últimamente se ha celebrado todo el mes de Octubre en honor del Rosario, cumpliendo así el mandato que el Soberano Pontífice León XIII ha hecho á toda la cristiandad el año próximo pasado.

El actual Cura Rector de Santo Domingo, Sr. Presbítero Don José Miguel Fúnes, se ha esforzado en este año de un modo particular, para celebrar la fiesta del Rosario y todo el mes de Octubre con la mayor posible solemnidad. En efecto, el Domingo pasado, día de la fiesta principal, pontificó el Ilustrísimo Señor Obispo, asistido por casi todos los sacerdotes residentes en la capital; todos los domingos del mes se da á la solemnidad el carácter de fiesta clásica; y todos los días, que son de jubileo, asiste gran concurrencia á los oficios.

Es cierto que el celo pastoral del Párroco de Santo Domingo y el entusiasmo religioso de los fieles por las fiestas del Rosario, suelen ser el objeto de la burla y del desprecio de los que se conceptúan más ilustrados y mejores que los demás; pero también es cierto que esas burlas y desprecios, son la mejor demostración de la verdadera piedad y del verdadero espíritu religioso.

Reproducción.—Creemos que agrada mucho á nuestros lectores la reproducción de algunos de los escritos poco conocidos del malogrado señor Dr. Don

Bartolomé Rodríguez, una de las mayores notabilidades científicas de nuestra patria, y uno de los defensores más denodados de nuestra santa religión.

Los colocaremos en el lugar correspondiente al editorial, porque los asuntos que tratan son de actualidad. Cuando después de la revolución del 71, el liberalismo comenzó á combatir entre nosotros la doctrina católica, los que dirigían la prensa liberal, que eran escritores de ingenio, ilustrados, y eficazmente apoyados por el Gobierno, concertaron un ataque terrible á la Iglesia, en el que agotaron por decirlo así todas las objeciones, que el protestantismo del siglo XVI y la filosofía del siglo XVIII, habían opuesto al catolicismo.

El Señor Dr. Rodríguez, que dirigía entonces la prensa católica, no solo frustró aquellos planes, sino que sostuvo denodadamente ese ataque y dió nuevo lustre á la verdad católica en artículos que merecieron el aplauso general.

Pero no satisfecho su fecundo ingenio con solo las discusiones del periodismo, escribió varios folletos y tratados de religión para instrucción popular. Entre estos, á nuestro juicio, merece la preferencia el libro que publicó con el título, DEFENSA DE LA RELIGIÓN CATÓLICA CONTRA LOS ERRORES MODERNOS.

En ella reunió todas las objeciones que el periodismo liberal había opuesto á la doctrina de la Iglesia, las clasificó y llevó hasta sus últimas instancias; y después las resolvió ó contestó con claridad y fuerza de argumentación tales, que se las creyó por entonces enteramente inútiles y despreciables para el Salvador.

Sin embargo, y apesar de que muchos de aquellos escritores han muerto ya ó han desaparecido de la actual escena política, algunos que restan, no dejan de cuando en cuando de repetir aquellas mismas objeciones contestadas, suelen reproducir con ligeros cambios, lo que nuestra opinión pública tiene relegado al olvido ó al desprecio.—Así solemos oír de cuando en cuando, lo de las *hogueras de la Inquisición*, de la *adoración idólatra de los santos*, lo del *degüello de la S. Bartolomé*, lo de la *papisa Juana*, lo del *fanatismo del culto externo*, lo de los *crímenes de los Jesuitas*, lo de la *venta de Sacramentos*, lo de la *ambición de los Papas*, los delitos de las *órdenes religiosas*. & , & , & .

Esta repetición fastidiosa de las mismas objeciones es lo que dá actualidad á la hermosa *Defensa* del Señor Rodríguez, y por eso es que nosotros, ya que no podemos hacer de ella una edición completa, reproduciremos, de cuando en cuando en nuestra sección editorial, algunos de sus más oportunos tratados.

REMITIDO.

Señor Redactor de "El Católico."

Como alguno podría creer, por la explicación que dió su periódico acerca de de la creación mediata é inmediata del cuerpo humano, que es libre la profesión de una ú otra opinión, me parece oportuno insertar esta notita de la *Suma* de Santo Tomás: dice así.

"Para aclaración de este artículo y del 3º de la cuestión anterior, conviene deslindar hasta donde se extiende la significación de la palabra *inmediatamente*; pues por ella se puede venir, ó al campo de los herejes, ó al de los católicos controversistas. Así es que, si por dicha palabra se entiende que Dios crió el alma y el cuerpo del hombre, *sin mediar la virtud propia* de las criaturas, entonces forma una proposición

de fé católica; más si por tal palabra se quiere significar, que Dios crió á todo el hombre, *sin mediar el ministerio de algún ser creado*, entonces la proposición se torna controvertible.”

UN OBSERVADOR.

SECCION DE LO EXTERIOR.

ROMA.—A las primeras noticias que Su Santidad tuvo de los estragos del cólera en las provincias de Francia, envió al Reverendo Obispo de Marsella la cantidad de 20,000 pesetas, para remediar las necesidades de las víctimas del cólera.

El Cardenal Jacobini, al enviar dicha cantidad en nombre de León XIII, escribió al Obispo de Marsella la siguiente carta:

“Ilmo. y Reverendísimo Señor: Las calamidades que en estos momentos afligen las dos ciudades de Marsella y Tolón, despertaron en el corazón del Padre Santo, desde el momento en que aparecieron, sentimientos de viva compasión y de vivo dolor. Ha sentido aumentar esta compasión y este dolor al tener noticia de la miseria, que la persistencia de la epidemia hace de día en día más grave.

“En circunstancias tan tristes es cuando Su Santidad sufre más dolorosamente, por los extremos á que ha sido reducida la Santa Sede.

“A pesar de esta pobreza, su corazón paternal no puede impedirse de querer aliviar al menos las mayores miserias, que vos conocéis mejor que nadie, y que os afligen en gran manera.

“Así Su Santidad ha ordenado al Sr. Nuncio apostólico en París, que os envíe 20,000 francos, que distribuiréis para alivio de los más pobres de esas dos ciudades, empleando los medios que creais más oportunos.

“Rogando al Señor que quiera abreviar los días de su justa cólera, tengo mucho gusto en repetirme, con los sentimientos del más distinguido afecto, servidor de Su Señoría Ilustrísima y Reverendísima, L. CARDENAL JACOBINI.—Roma 19 de julio 1884.”

—La duquesa Massimo ha entregado al Papá 12,000 francos para el Dinero de San Pedro, en nombre de la condesa de Chambord.

—Entre las audiencias más notables últimamente concedidas por Su Santidad, debemos mencionar las concedidas al Cardenal Lavigerie, á Mons. Chicaro, Vicario apostólico de Egipto, y al Príncipe Prisdang, ministro del Rey de Siam, á quien ha servido de intérprete el Cardenal Howard en esta entrevista; el Príncipe ha manifestado que los misioneros serían respetados, y que podrían con toda libertad ejercer su saludable y moralizador ministerio.

—También ha recibido el Presbítero Angel Arroyo, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de la república de Guatemala, junto con su hermano Domingo Arroyo, secretario de la embajada guatemalteca cerca de la Santa Sede. El Santo Padre sostuvo largo coloquio familiar con ambos personajes, informándose especialmente del estado de los asuntos religiosos en aquella república. Antes que la audiencia hubiese terminado, el Sr. Arroyo presentó á Su Santidad una rica ofrenda con destino al Dinero de San Pedro, en nombre del reverendísimo D. Juan Raul y Bertrán, administrador apostólico de Guatemala.

—Además de estas audiencias pontificias, debe mencionarse la concedida al Reverendísimo Padre Toiti, benedictino, y á tres monjes alemanes, sus colaboradores en el ordenamiento de los *Regesti* de los Papas, desde Clemente V hasta León X, encomendado por

Su Santidad. El primer volumen de estos *Regesti* está próximo á publicarse por la Biblioteca Vaticana, corregido y aumentado con nuevas piezas tipográficas, debidas á la munificencia de Su Santidad.

También los absritos á la Archicofradía de las llagas de San Francisco, de Roma, pidieron y tuvieron el honor de una audiencia del Santo Padre, para darle gracias por haberse dignado aceptar el patronato de su religiosa fundación. Esta audiencia fué numerosísima é importante. Leyó un elocuente mensaje Mons. Domingo Jacobini, fundador de la Archihermandad, y Su Santidad contestó con un conmovido discurso.

En estos últimos días ha recibido á Mr. de Schoeffer, ministro de Prusia cerca de la Santa Sede, y al Ilmo. Sr. D. José Ordoñez, Obispo de Quito (República del Ecuador), que ha ido á Roma á hacer la visita *ad limina*, y á Mons. Luck, Obispo de Auckland, en Nueva Zelandia.

ITALIA.—El Episcopado de Sicilia acaba de enviar al Padre Santo una magnífica representación, en la que da gracias á Su Santidad por la promulgación de la Enciclica *Humanum genus*.—Héla aquí:

Santísimo Padre,

Vuestra palabra ha venido oportunamente á dar nuevo vigor al episcopado, en medio de las espinas que le rodean en estos tiempos desgraciados. No podía escaparse á nuestra solicitud pastoral ese mal inmenso, que la masonería—á la cual van á dar todas las sociedades secretas, cualquiera que sea su división y bajo cualquier nombre que se presenten—ocasiona á la sociedad civil no menos que á la sociedad religiosa. A pesar de las condenaciones de vuestros Predecesores, desde Clemente XII hasta Pío IX, de santa memoria, ella de tal manera se ha extendido poco á poco hasta nuestros días, y ha adquirido tanta fuerza, que ha conmovido los fundamentos de los reinos y de los imperios, ha derribado los tronos y amenazado los altares, sometiéndolo no solamente la Europa, sino también la América á sus inicuas leyes.

La relación de sus victorias, por los deplorables acontecimientos subversivos de todo orden sagrado y civil, que han tenido lugar á nuestra vista, sobreexcita y exalta la imaginación de los pueblos engañados, y convertidos en instrumentos de un poder oculto. No se vean el odio profundo de la sociedad masónica contra Dios, contra Jesucristo y su Iglesia, y las máximas más odiosas, bajo los mentidos nombres de libertad, igualdad, fraternidad llevadas hasta la perpetración de los crímenes más horribles, hasta mirar como el cumplimiento de un deber, el homicidio y el asesinato.

Cumpliendo nuestros deberes respecto á la salvación de las almas, nosotros no hemos descuidado nada de lo que podía hacerse; no nos queda por hacer sino deplorar la iniquidad de las sectas enemigas, que en su audacia parecen querer arrastrarlo todo á una completa ruina. Vuestra palabra, S. Padre, ha sido una verdadera prueba de la autoridad espiritual de la Iglesia; ha sido un verdadero rayo de luz. Vuestra notable Enciclica *Humanum genus*, fruto de vuestro celo, ha hecho palidecer la estrella de la masonería y de las sectas afiliadas; ha llevado la turbación á su campamento; ha conmovido profundamente todas las almas. En adelante, el velo que ocultaba la verdad para poner en su lugar el error, caerá de los ojos de los pueblos, á medida que la luz espuesta por Vos penetre en su inteligencia.

Poderosamente confortados por vuestra palabra, hemos cuidado de comunicarla á aquellos que han sido confiados á nuestra solicitud, descubriendo la llaga social que Vos habéis querido curar. Con que in-

bió una de esas ofensas, con las cuales un hombre se cree enormemente ultrajado.

Ardía en cólera su corazón, y le parecía que desde la noche en que había recibido la ofensa, hasta el siguiente día en que pensaba tomar una fiera y sangrienta venganza, transcurría lentamente el tiempo, juzgando eran siglos los minutos que iban sucediéndose uno á otro con inflexible regularidad. Por más que lo intentó durante la noche, no pudo conciliar el sueño, que huía aterrorizado ante aquel corazón repleto de rencor y sediento de venganza.

Saludó con satánica alegría los primeros albores de la aurora, que aparecía pura y tranquila; y ciñendo al punto la espada, emprendió la marcha en dirección de la casa de su amigo.

Su impaciencia le había lanzado á la calle impulsado por una febril agitación, sin que le hubiera ocurrido pensar que era demasiado temprano para molestar aun á su mismo enemigo.

Determinó entonces dar un paseo, con el objeto de emplear en ello algún tiempo; encontró en su camino una solitaria capilla, cuyo místico recinto convidaba al descanso y á la meditación. Entróse en ella, y á la pálida luz de la mañana estaba mirando las imágenes que decoraban la capilla.

Eran tres: la una representaba al Salvador del mundo, vistiendo la túnica de loco y conducido á la presencia de Pilatos: bajo de ella se leía: *Injurado y no injuria*. En la segunda se le veía atado en la columna y azotado, y la inscripción era esta: *Sufre sin irritarse*. La tercera representaba la crucifixión, con este epigrafe: *Padre mio, perdónales*.

Apenas había acabado de leer esto, Hildebrando, tras breves momentos de meditación, cayó de rodillas diciendo: *¡Perdón, Dios mio!* y su oración, cual nube leve de incienso, elevóse, perfumando el ambiente, á la serena región de los cielos.

Alzóse, y al punto que salía de la capilla, vió asomarse por el extremo opuesto del camino al escudero de Bruno, y dirigiéndose á él Hildebrando con benigna mirada, preguntóle:

—¿Qué hace mi buen amigo, mi hermano Bruno?

—Está triste, muy triste (le contestó el segundo), y solo desea pedirnos perdón.

Hildebrando no contestó, sino que á muy buen paso tomó el camino que conducía á casa de Bruno, anunciando el momento de estrecharle en sus brazos.

Aquel fué el lazo que anudó íntimamente la amistad de Hildebrando y de Bruno.

Cuando al anochecer, después de pasar el día con su amigo, se retiraba á su casa Hildebrando, le pareció que la tenue luz del ocaso era más límpida y bella que la luz pálida de la aurora, que tan solo prometía venganza.

(Almanaque de los amigos del Papa.)

Un Alcalde masón.

De una correspondencia de Inglaterra tomamos el siguiente párrafo:

“Antes de concluir, mencionaremos una carta del Eminentísimo Cardenal Mac-Cabe, Arzobispo de Dublín, que combate enérgicamente la candidatura de un masón, que ha sido propuesto y elegido en una gran reunión para el empleo de *lord-maire* (Alcalde) de Dublín.

“Él es, dice el Cardenal, miembro de una asociación que tiene por fin el destruir la religión y trastornar la sociedad civil, esquivando las órdenes que ella dá. Debemos pues oponernos, y nos oponemos, al nombramiento de ese candidato para la alcaldía de Dublín, no porque sea protestante ó inglés, sino por

que es miembro de una sociedad, organizada con el más detestable designio. Puede él protestar que no participa de las intenciones culpables de sus hermanos en la logia; pero esta escusa no puede ser admitida, mientras él permanezca asociado á los hombres que la dirigen.”

Las grandes notabilidades de Inglaterra dicen públicamente, que la Masonería tiene por fin destruir la religión y trastornar el orden civil: aquí, en San Salvador, los masones nos dicen muy serios, que la masonería no se ocupa de religión ni de política, sino solo de BENEFICENCIA y de FILANTROPIA.

A Su Santidad, León XIII,

CON MOTIVO DEL JUBILEO.

Cuando el negro rencor y la venganza
Envenenan el mundo;
Cuando la débil luz de la esperanza
Cede al impulso de hábito infecundo;

Cuando el mortal, estúpido y demente,
En la noche sombría
Del error postra la soberbia frente
Y de su Dios blasfema en risa impía;

Cuando la vanidad y la arrogancia
Son prez de las naciones
Y dan vida con soplo de ignorancia
Al fuego criminal de las pasiones. . . .

Tú, Pastor inmortal, Piloto augusto,
Celeste Soberano,
Que, enmedio el mar de lobreguez y susto,
Riges la nave con esperta mano;

Tu, víctima inocente, cual un día
Lo fué el *Cordero Santo*,
Pides á Dios por la miseria impía
Que llena el mundo de dolor y espanto.

Al ver del mal la grave pesadumbre
Y el mortal cautiverio,
Alzas el rostro á la divina lumbre,
Pidiendo paz al celestial imperio.

¡Perdón para tus mismos victimarios
Imploras! y á tu acento,
Se encienden los sagrados incensarios
Y universal plegaria lleva el viento.

¿Quién dirige tu acción? ¿Quién el que inspira
Tu voz fecunda y blanda,
Que la venganza, la ambición, la ira
Con sublime oración pagar nos manda?

¿Quién sostiene tu acento? ¿Quién te ordena
Alzar la santa mano,
Bendecir tu verdugo y tu cadena,
Pedir perdón para el linaje humano?

¿Quién . . . sino el Summo Redentor del mundo?
¿Quién . . . sino el Ser bendito,
Que dió en la Cruz el salvador, fecundo
Perdón, que aun reperente el infinito?

Y esa oración común, ó Padre Santo,
Que al orbe todo inspiras,
¿Ha de dar fin al terrenal quebranto?
¿Ha de dar fin á las humanas iras?

Dios lo sabe no más! La altiva frente
Prosterremos en tierra. . . .
Bendigamos á Dios, ya nos presente
Venturas ó desgracia, paz ó guerra.

A. URDANETA.

TIPOGRAFÍA DE EL COMETA, PLAZA DE SAN JOSÉ N.º 28.